

---

## MOISÉS Y LA ZARZA ARDIENTE

---

La unificación de las cinco Inspectorías de Argentina: la de Buenos Aires erigida en 1877 teniendo como patrono San Francisco de Sales, la de Bahía Blanca, erigida en el 1883 teniendo como patrono San Francisco Javier, la de Córdoba erigida en 1926 teniendo como patrono San Francisco Solano, la de Rosario erigida en 1946 teniendo como patrono Nuestra Señora del Rosario, y la de La Plata erigida en 1956 teniendo como patrono la Virgen de Luján, en dos nuevas Inspectorías la de Argentina Sur, fruto de la unión de Buenos Aires, Bahía Blanca y la Plata con Ceferino Namuncurá como patrono, y la de Argentina Norte, fruto de la unión de Córdoba y Rosario, con Artémide Zatti como patrono, es un evento de gracia, un verdadero “kairós”, porque plantea una nueva fase de la presencia salesiana en Argentina, la tierra del sueño de Don Bosco, la tierra que ha dado tantos frutos de santidad y regalado un Rector Mayor en la persona del recordado y querido P. Juan Edmundo Vecchi.

Esto nos muestra, por un lado, el valor temporal de toda realidad histórica y, por otro, el hecho de que al fin y al cabo lo que importa es el “rostro de Don Bosco” aquí en Argentina, como en toda América y en el mundo entero.

Aunque tendremos la oportunidad de celebrar este evento unidos al Señor en la Eucaristía, que es el espacio privilegiado para iluminarlo con la palabra de Dios, para reforzarlo a través de la comunión a la mesa del Señor y ofrecerlo como don sublime a Dios, ha parecido oportuno hacer preceder esa celebración litúrgica por un encuentro fraterno. Es éste el primer momento oficial de encuentro de todos los hermanos de la nueva realidad salesiana argentina. Es algo bonito ver la dos nuevas inspectorías que surge como fruto de la unidad. Entusiasma la perspectiva de energías unidas para volver más firme, más consistente y eficaz nuestro testimonio.

Quisiera compartir con vosotros algunos motivos de reflexión que puedan ayudar a superar ansias o temores todavía presentes en algunos, pero sobre todo a sacar provecho de las nuevas posibilidades que se nos ofrecen.

Me refiero, como base para esta reflexión mía, de manera particular a dos textos bíblicos: Hechos 7,30-31 y Éxodo 3,1-10. Otros textos que se podrían considerar son Ex 6,28-7,7 más dos indicaciones del Nuevo

Testamento: Jn 11,28 y Mt 9,35-10,1. Desde luego, se podría también utilizar el Salmo 18, el salmo de la iniciativa divina.

Pidamos al Señor la gracia de sabernos poner con humildad y verdad delante de la escena de la zarza ardiendo. Mucho nos ayudará contemplar a Moisés y ver qué hace, qué es lo que escucha, lo que entiende.

¿QUÉ HACE MOISÉS? : ¡maravillarse!

Os sugiero que tengáis a la mano paralelamente los dos primeros textos citados : Hechos 7,30-31 y Ex 3,1-3. Lo primero que hace Moisés es *maravillarse*. Moisés que está en el desierto, mientras pastorea el rebaño de su suegro, ve a lo lejos una zarza que le parece esté ardiendo sin consumirse (cf. Hechos 7,31): “*Moisés se maravilló*”. Esto realmente es muy bonito: Moisés, que tiene 80 años, ¡todavía es capaz de maravillarse de algo, de interesarse de nuevo por algo! Ubicándonos con la fantasía en ese gran valle del Horeb, podemos imaginarnos qué habría podido hacer Moisés. Habría podido decir: “Hay fuego; es peligroso para el rebaño. Mejor marchémonos lejos de aquí con la grey”. O bien hubiese podido decir: “Aquí hay algo sobrenatural. Mejor no caer en la trampa. ¡Venga! Vayámonos y dejemos que sean los más jóvenes, los más entusiastas, a interesarse por esto. Yo ya tuve mis experiencias, ¡basta ya! Sanseacabó!”

En cambio, “*Moisés se maravilló*”, es decir dejó caer sus defensas psicológicas de adulto, se dejó llevar por esa capacidad, propia del niño, de interesarse por cualquier cosa, de pensar que todavía hay algo nuevo. Alguien pudiera decir que se trata de un detalle añadido a la narración. Por el contrario, hay en este dato – como cuentan los Hechos – una profunda reflexión psicológica de Esteban, quien ha intuido que Moisés, habiendo ya pasado 40 años en el desierto, lamentando el fracaso tenido y luego purificado en virtud de esa situación de vigilancia y espera, estaba *maduro para una nueva infancia, maduro para recibir/acoger la novedad de Dios*. Moisés habría pensado de esta manera: “Yo soy un pobre hombre fracasado, pero Dios todavía puede hacer/sacar algo nuevo y bueno”.

Por eso Moisés se maravilló y luego – sigue la narración de los Hechos – “*se acercó para observar*”. La expresión usada en griego [*katanoesai*] significa considerar, reflexionar, tratar de entender, etc. Esto refleja la libertad de espíritu alcanzada por Moisés a través de la purificación. Si hubiese sido un hombre amargado y resignado, se habría limitado a decir: “ ¡Qué raro! , pero nada que ver conmigo”. Y en cambio, no. Moisés quiere entender, percatarse de qué se trata. Aunque anciano, es un hombre vivo.

### *La curiosidad de Moisés*

Pasando ahora al libro del Éxodo, leemos: “*Entonces Moisés se dijo: ‘Voy a acercarme para contemplar esta maravillosa visión, y ver por qué no se consume la zarza’*” (3,3). Moisés es un hombre que deja que surjan en él preguntas, no es el hombre que tiene ya todas las cosas sistematizadas y catalogadas, el que lo ha entendido todo; es más bien una persona capaz de plantearse preguntas que exigen una respuesta cuidadosa.

En las palabras “me acercaré para contemplar este hecho extraordinario” descubrimos el ánimo de Moisés. Es como si Moisés dijera: “Pues, yo soy un pobre hombre, fracasado, pero Dios todavía puede hacer cosas nuevas y yo quiero darme cuenta de ello, quiero entender, quiero descubrir el porqué”. Hay que notar que aquí vuelve la gran pregunta que Moisés se había planteado durante 40 años, después de su alejamiento de Egipto: “¿Por qué Dios ha permitido ese fracaso? Por qué, si ama a su pueblo, no se sirvió de mí para salvarlo? Por qué no aprovechó la ocasión que yo le ofrecí?”. Esta serie de “porqué” que Moisés ha albergado, refinado y purificado, brota de nuevo cuando aparece esa visión imprevista. Mas el hombre Moisés ha ido adquiriendo gradualmente los rasgos del hombre profundo, maduro, purificado y abierto a lo nuevo.

Desde la escena de Moisés, se podría reflexionar a fondo sobre la actitud del hombre delante del misterio de Dios. Este hombre podría decir: “Eso no me interesa por nada”. Pero también puede decir: “Quiero ver, quiero darme cuenta, quiero saber”. En este caso se trata de ese primer movimiento del alma humana, de esa voluntad incondicional de conocer y entender que – como justamente se dice – está en el origen de todo lo que hay de humano en el mundo. Si en el mundo hay algo más allá de lo animal, más allá de comer, beber y reproducirse; si hay algo humano; si – como dice Pablo en la carta a los Filipenses - hay afectos, relaciones de amistad y comprensión (cf. 2,1s), todo eso nace de esta sencillísima afirmación: “Quisiera entender”. La misma cultura humana se construye a partir de este fundamento.

Moisés, por lo tanto, es la persona reconducida a la raíz primera de su humanidad y puesta delante del misterio de Dios. En él se manifiesta ese deseo incondicional de saber que está en el origen de todo lo que es humano. Moisés quiere saber y por eso todavía hace un esfuerzo: abandona la comodidad de la llanura, donde uno puede sentarse a la sombra de su tienda, y vuelve a emprender la subida fatigosa a la montaña; hasta deja a las ovejas, con tal de llegar a saber. Esto de querer “saber”, en Moisés es algo que lo quema por dentro, es una pasión que no se adormeció; antes bien la purificación la ha vuelto más simple, más libre. Moisés no sube al monte a la búsqueda de un nuevo éxito personal. Sube

porque quiere saber cómo están las cosas, quiere situarse frente a la verdad tal como es.

¿QUÉ ESCUCHA MOISÉS? : “*Quítate las sandalias...!*”

Es éste el segundo punto de nuestra reflexión. Nos servimos, sobre todo, de Ex 3,4-6. Dice el texto: “*Cuando el Señor vio que se acercaba para mirar, le llamó desde la zarza: - ¡Moisés! Moisés! El respondió: - Aquí estoy. Dios le dijo: - No te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado. Y añadió: - Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, del Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Moisés se cubrió el rostro, porque temía mirar a Dios*”.

Moisés escucha su nombre, con toda esa connotación vocacional que significa la llamada recalcada por su propio nombre. Hay que imaginar el choque debido al miedo y, al mismo tiempo, el estupor de Moisés, cuando se oye llamar en el desierto, en un lugar donde no hay vida. Moisés se da cuenta de que hay Alguien que conoce su nombre. Alguien que se interesa por él, quien se creía un rechazado, un fracasado, un abandonado. Y sin embargo, Alguien grita su nombre en medio del desierto. Se trata de una experiencia violenta, que acaso nosotros también hayamos experimentado cuando, estando en un lugar – por ejemplo, una gran ciudad – donde pensábamos ser ignorados por todo el mundo, de improviso oímos que nos llaman por nuestro nombre. Moisés oye a Alguien que lo llama por su nombre y dos veces: “*¡Moisés! ¡Moisés!*”.

¿Qué significa esta doble llamada? En la Biblia es muy raro que a una persona se le llame, por su nombre, dos veces. Recordemos algunos casos. El primero se encuentra en Génesis 22,1 (“*¡Abrahán! Abrahán!*”) y se refiere al momento culminante de la vida de Abrahán, cuando se le llama para que sacrifique a su hijo: es el momento en el que todo el camino hecho hasta ahora deberá ser sometido a la prueba, justamente para comprobar si ha sido un camino sincero.

Otro caso es el de 1 Sam 3,10, en el que se le llama a Samuel: “*¡Samuel, Samuel!*”. También aquí nos hallamos frente a un viraje en la historia de Israel: acabado el período de los Jueces, está por comenzar la etapa de la monarquía, que implicará una nueva manera de relacionarse entre Dios y su pueblo. Otro pasaje es el de Lucas 22,31: “*Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para zarandearos como al trigo*”. También en este caso nos hallamos en un momento culminante de la vida de Pedro. Un último texto lo tenemos en Lucas 10,41: “*Marta, Marta*”. Aquí también, aunque se trate de un episodio muy sencillo – una escena de cocina – a pesar de ello, para Lucas es muy importante, porque sirve de enganche con

el episodio del Samaritano (cf. Lc 10,15-37). María representa la escucha de la Palabra; Marta, en cambio, es la persona que, llena de buena voluntad, se dedica a las obras de caridad, como el Moisés de la primera etapa, y se mete de cabeza en la actividad de manera que corre el riesgo de subvertir el significado de las cosas. Este hecho es de veras importante porque nos hace ver que Marta, “inquieta y preocupada por muchas cosas”, queriendo preparar un gran banquete para Jesús, en cierto momento trastorna totalmente los valores : Jesús se vino como Maestro, mientras que Marta pretende asumir ella ese papel y hasta quisiera enseñarle a Jesús lo que debe decir y hacer. Al fin y al cabo, éste había sido el fracaso del Moisés de la primera etapa, aquél que creía tener el control de toda la situación, de manera que habría podido enseñarle a Dios lo que debería hacer y de qué manera. Por cierto Moisés no conocía el pasaje de Marta, ni el de Simón, pero estaba al tanto de la tradición acerca de Abrahán y luego podía percatarse del significado de esa doble llamada: “¡Moisés, Moisés!”.

### *La iniciativa es de Dios*

Me parece que las escenas que hemos mencionado son acontecimientos decisivos. También Moisés siente que ha llegado un momento decisivo para su vida: es el momento en el que de veras debe ser disponible , sin cometer los errores de antes; tal vez debido a eso está con mucho miedo. Y Moisés escucha algo que no se esperaba. El, que con tanto celo se había echado a ver la zarza ardiente y se habría sentido más gratificado si hubiese escuchado : “Gracias por haber venido, por no haberte dejado vencer por el pesar”, en cambio escucha esa voz que le dice: “No te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado”. El texto nos trae a la mente las palabras de Jesús a Magdalena: “No me toques” (Jn 20,17). María Magdalena se acerca a Jesús con tanto amor, pero siempre desde la perspectiva anterior. Por el contrario, debe cambiar su actitud.

En efecto, cuando el hombre se deja llevar por el deseo que le mueve, cree poseer ya las cosas que busca, y de cierta manera ya las posee a través de su conocimiento; pero puede suceder que acabe por encerrar los fenómenos religiosos que vive, y luego la actividad divina, en su propio paradigma mental. Este es un proceso inevitable. De hecho nosotros no podemos comprender las cosas si no es a partir de un esquema mental que ya poseemos y relacionándolas con éste. Moisés, con todo su ardor, trataba de hacer lo mismo: mirar ese fenómeno de la zarza ardiendo, tratando de enmarcarlo en su imagen de Dios, de la historia y de la presencia de Dios en la historia. Y entonces Dios le dice: “Moisés, ¡así no! Quítate las sandalias, porque no es algo apropiado venir a mí tratando de enjaularme en tus ideas. No se trata de que tú debas integrarme en tu síntesis personal, sino que soy yo que quiero interesarte en mi proyecto”.

Es éste el significado de quitarse las sandalias y acercarse vacilando, como cuando alguien camina sobre piedras sin zapatos, incierto. Es la incertidumbre de la persona que se pregunta: “Y ahora, ¿qué me va a pasar?”. El hecho es que en la disponibilidad al misterio de Dios no se puede entrar caminando de manera triunfalista. Hoy todavía, los musulmanes, cuando entran en las mezquitas, tienen la costumbre de quitarse los zapatos, como quien se presenta delante de Dios caminando de puntillas, en silencio, no imponiendo a Dios su propio paso, sino dejándose asimilar, integrar por el paso de Dios.

Moisés, pues, escucha: “*¡No te acerques! quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado*”. Podemos imaginarnos la sorpresa de Moisés, al escuchar estas palabras. Pero, ¿de verdad que esta tierra es sagrada? ¿Este maldito desierto, lugar de chacales, de desolación, de aridez, donde se refugian los bandidos y donde no habita la gente de bien? Este desierto donde me creía abandonado, miserable, fracasado ¿es una tierra santa? Es ésta la presencia de Dios? Éste el lugar donde Dios se revela?

¿QUÉ ENTIENDE MOISÉS? : ¡ que la iniciativa es de Dios!

En ese momento Moisés entiende qué es la iniciativa divina: no es él quien busca a Dios y luego camina para encontrarle en lugares sagrados. Es Dios que le busca a Moisés y le busca allí donde está. Y el lugar donde se encuentra Moisés - cualquier lugar, ya se trate de un lugar miserable, abandonado, sin recursos, maldito - es tierra sagrada. Allí está la presencia de Dios, allí se manifiesta su gloria.

Quisiera que nos detuviéramos un instante para contemplar cómo ha vivido Moisés su cambio de horizonte, su *verdadera conversión*, su manera nueva de conocerle a Dios. *Hasta este momento* Dios, para Moisés, era alguien para quien era importante trabajar mucho: tendría que emprender revoluciones, sacrificar uno su posición de privilegio, entregarse a los hermanos, darse por entero, y luego ser desautorizado y dejado de lado. *Ahora* Moisés empieza a entender: Dios es diverso. Hasta ahora le había conocido como a alguien que te explota por un tiempo y después, cuando ya no le sirves más, te abandona; un dueño más exigente que los otros, más que el Faraón. Ahora empieza a comprender que Yahvé es un Dios misericordioso y amable, que se interesa por él, el último de los fracasados y olvidado por su misma gente.

Para entender algo de esta intuición de Moisés, podemos traer a la memoria Jn 11,28, donde María de Betania llora la muerte de su hermano y lo hace de tal manera que prefiere quedarse en casa; para ella, se acabó todo. Por cierto se trata de una mujer que tiene fe y cree que su hermano

va a resucitar, pero humanamente está desesperanzada, ninguna palabra puede consolarla, todo el gozo de la vida de familia para ella se acabó. En cambio, el relato evangélico dice: “Marta se fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: -El Maestro está aquí y te llama”. Pensemos en la sorpresa de María, quien se creía abandonada, desesperanzada, sin consuelo y, en cambio, oye que le dicen que allí cerca, ante la tumba de su desesperanza, está el Maestro que la llama por su nombre, tiene una palabra para ella. Es así cómo uno entiende la iniciativa divina en su propia vida.

Y Moisés sigue escuchando otras palabras : “*Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*”. Estas palabras resultan muy interesantes porque sirven para equilibrar el ánimo espantado de Moisés. Comprende ahora que no había entendido nada de Dios. Acaso pensaba que se tratase de un Dios nuevo, diferente. Pero he aquí que Dios le dice: “Soy el Dios de tus padres; si tú me hubieses entendido, te habrías dado cuenta de que soy el mismo Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob; también con ellos actué de la misma manera”. El Señor ha sido y sigue siendo un Dios que se preocupa de quien está desamparado, del que se siente desesperanzado y fracasado. Y es oportuno prestar atención a este lenguaje confortador de parte de Dios, porque un hombre como Moisés, quien se da cuenta de haberse equivocado de lleno, corre el riesgo de perder la memoria, y es entonces precisamente cuando el Señor le trae nuevamente a la memoria el pasado, que debe ser recordado y de nuevo reflexionado, con el objeto de que aparezca claramente que ha sido el lugar de la iniciativa de Dios.

No olvidemos nunca que nuestro Dios es el mismo Dios de todas aquellas personas que nos han educado en la fe, el Dios de nuestros padres que nos han enseñando a rezar, el Dios de nuestros formadores y de todos aquellos que nos han precedido en el camino del Evangelio.

### *El Dios misericordioso*

Sigamos ahora con los vv. 7ss, para comprender cómo es de veras nuestro Dios: “*El Señor siguió diciendo: - He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias. Voy a bajar para librarlo del poder de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel ... El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí. He visto también la opresión a que los egipcios los someten*”. Hay que prestarle atención a la dicción del texto, toda en primera persona: “He visto, he escuchado, he tomado a pecho, he venido, etc...” Y también hay que advertir el reproche implícito a Moisés: “Tú, Moisés, te creías un hombre muy culto y versado en el conocimiento del hombre; pensabas que comprendías a tus hermanos, conocías su miseria; te creías aquél que debería tomar la

iniciativa de entenderlos y de suplicarme para que yo también tratara de entenderlos. En cambio, soy yo el primero que veo y escucho. Tú, Moisés, te creías ser el primero en descubrir la belleza de la libertad, deseoso el primero de hacerla saborear a otros, pero no lo lograste. Nunca pensaste que ésta fuera obra mía y te metiste de cabeza como si todo dependiese de ti. Pues, ahora te das cuenta de que soy yo quien ve y escucha. Hasta ese sentimiento de compasión hacia el pueblo que puede haber en ti, viene de mí; si en ti hay un sentido de libertad, soy yo quien te lo doy”.

Sólo ahora Dios le dice: “*Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, los israelitas*”. He aquí cómo obra la educación divina. Una vez que Moisés se ha purificado de la *hybris* de su presunción de salvar a los israelitas, habiéndose vuelto sensible a la auténtica realidad de las cosas, Dios le envía, como si nunca hubiera fracasado. Dios le da de nuevo confianza: “Yo te envío al faraón”. Moisés se siente otra vez llevado de la mano por Dios y nuevamente enviado para llevar a cabo la obra de Dios.

He aquí, queridos hermanos, algunos elementos que os pueden iluminar acerca de la nueva fase de historia que estáis por comenzar: llevar adelante el proyecto de Dios tal como ha sido acogido y realizado por Don Bosco.

Como Moisés, estamos llamados a comprender el proyecto que Dios tiene para nosotros y los jóvenes de esta tierra, que El nos confía de manera nueva, como comunidad unida, para que los guiemos al encuentro con El. Y como Moisés debemos sabernos maravillados, entusiasmar, tratar de entender las cosas nuevas que Dios quiere realizar por medio nuestro, aunque no logremos entenderlo todo. Es Dios quien toma la iniciativa, porque quiere mucho a su pueblo, a los jóvenes y pobres de esta tierra. A nosotros el empeño para responder con valentía, como Moisés, como Don Bosco.

*Don Pascual Chávez Villanueva*  
*San Nicolás de los Arroyos – 31 de enero de 2010*